

Miradas sobre los extractivismos. Un repaso de temas y prácticas en homenaje a Alberto Acosta

Eduardo Gudynas

La problemática de los extractivismos suscita un enorme interés en América Latina. Ello se debe a ciertas constancias, tales como la continua importancia que tienen en las ofertas exportadoras de todos los países y, por ende, su peso en las economías nacionales, además de sus impactos sociales y ambientales. Al mismo tiempo, ha tenido lugar una profusa tarea de reflexión y análisis sobre estos sectores, con las peculiaridades de constituirse desde una mirada propia latinoamericana y una estrecha articulación con las demandas ciudadanas y la política en su más amplio sentido.

En el examen de esos aportes, desde por lo menos las últimas décadas, es posible describir una serie de énfasis, en parte debido a enfoques temáticos, con amplias superposiciones, que en ocasiones discurren como una secuencia. El propósito de este capítulo es compartir algunas reflexiones sobre esas miradas que, si bien son esquemáticas, permiten señalar las cuestiones clave en consideración. Este ejercicio sirve, al mismo tiempo, para repasar la participación de Alberto Acosta en el campo de los extractivismos. Es un modo de fundamentar este homenaje que celebra la importancia de su obra y su práctica, tanto en Ecuador como en toda Latinoamérica.

El abordaje de los extractivismos

Distintas alertas, denuncias y estudios sobre los impactos locales de los extractivismos mineros y petroleros ya eran conocidos desde el siglo

pasado. Estos se refieren, por ejemplo, a la contaminación del suelo y el agua, la emisión de material particulado o derrames de hidrocarburos. Las reacciones ante estas consecuencias se volvieron cada vez más frecuentes desde la década de los setenta y, en muchas circunstancias, bajo formulaciones similares a las actuales. Incluso hay antecedentes previos, que ya aparecen en los tiempos coloniales y en los primeros años republicanos.

Estos y otros antecedentes del siglo pasado deben tenerse presentes porque no son pocos los analistas que parecerían estimar que los extractivismos se “descubrieron” a inicios de los años 2000, o que, en ese momento, repentinamente, las organizaciones ciudadanas comenzaron a percibir sus efectos y a reaccionar contra ellos. En cambio, las comunidades locales y muchas organizaciones ciudadanas advertían sobre los impactos de los emprendimientos mineros, petroleros o agropecuarios desde hacía décadas. Existían múltiples expresiones de denuncias o resistencias, aunque muchas de ellas no utilizaban el término *extractivismo*.

En aquel tiempo, que de modo aproximado y en parte arbitrario puede ser delimitado entre 1970 y 1999, las reacciones ciudadanas eran acompañadas, sobre todo, por militantes ambientalistas, educadores populares, médicos, algunos abogados y la comunidad académica, en su mayoría relacionada con disciplinas como la ecología o la agronomía. Al inicio de la década de 2000, muchos académicos y militantes que provenían de las ciencias sociales, en especial de la sociología y la politología, y que antes estaban alejados de esos temas, comenzaron a interesarse. Por lo tanto, más que un giro en los movimientos sociales, lo que ocurrió fue un cambio de interlocutores académicos que analizaban y actuaban sobre los extractivismos.

En algunos abordajes tempranos sobre los extractivismos en Ecuador, específicamente los petroleros, ya es posible identificar la figura de Alberto Acosta, simplemente Alberto de aquí en adelante. Ello debido a factores tales como su cercanía con las organizaciones indígenas, muchas de las cuales lidiaban con los derrames petroleros en la Amazonía; su interés en el sector petrolero, desde el cual se inició como economista; y su preocupación por la situación nacional.

Reconociendo los extractivismos

A inicios de los años 2000 se aceleró la difusión del término extractivismo como tal, o bajo otras expresiones como *industrias extractivas*. La intensidad de los debates se incrementó rápidamente, y fue necesario acuñar una definición de los extractivismos que sirviera para diferenciarlos de otras actividades y para considerar posibles alternativas.

Así, se definieron los extractivismos como un tipo particular de apropiación de los recursos naturales, que se caracterizaba por la sustracción de grandes volúmenes o de alta intensidad, cuyo destino principal era la exportación de materias primas (*commodities*). Esta definición había sido sopesada en múltiples talleres en Ecuador, Perú y Bolivia, junto con distintas organizaciones ciudadanas, en actividades convocadas, por ejemplo, por el Centro Andino de Acción Popular (CAAP) de Quito, la Liga Boliviana de Defensa del Medio Ambiente (LIDEMA) y la Red Peruana por una Globalización con Equidad (RedGE). En esos casos, el énfasis estaba en los sectores petrolero y minero, pero, al mismo tiempo, se contaba con los antecedentes del trabajo realizado desde el Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES) sobre extractivismos agropecuarios, con distintas contrapartes en Argentina, Brasil y Uruguay.

Este concepto, por un lado, respondía a algunos usos convencionales de la idea; en especial, respetaba los antecedentes históricos, entre ellos su uso por organizaciones ciudadanas. Pero, a la vez, reflejaba una mirada que puede ser descrita como propia de la crítica al desarrollo. En particular, los extractivismos se concebían atendiendo a dos dimensiones: por un lado, su destino comercial y, por otro, los volúmenes de recursos naturales removidos o la intensidad de esa apropiación.

Las razones de esto radicaban en que la demanda exportadora era tan apabullante, que se generaba una extracción de recursos naturales diferente a aquella que nutría los mercados nacionales. Esto se observaba tanto en la diseminación y los impactos de los sectores minero y petrolero como en la vertiginosa expansión de los monocultivos de exportación, que llegaron a cubrir decenas de millones de hectáreas en los países del Cono Sur.

La conceptualización de los extractivismos tenía múltiples consecuencias teóricas y prácticas. Estos no eran una industria, de hecho,

ese calificativo expresa prácticas que desean legitimarlos; son plurales, ya que incluyen muchos otros sectores, además de los mineros y petroleros; persiste la mirada en los enclaves, pero se reconoce que estos cuentan con redes de conexión como las carreteras o los ductos, y áreas de soporte, como pueden ser represamientos para brindarles agua o electricidad; y son *glocales*, pues están anclados allí donde se encuentran los recursos naturales, pero dependen de una dinámica comercial globalizada. Estos y otros aspectos de la definición se mantuvieron durante los años siguientes, aunque se requirieron precisiones conceptuales y metodológicas (algunas de las cuales se indican más abajo; Gudynas 2015).

Alberto estuvo presente en todos esos esfuerzos. Por ejemplo, en fechas tempranas, como 2003, al analizar el sector petrolero ecuatoriano, enfatizaba cuestiones económicas, pero reconocía que la salida no podía ser “producir más petróleo, intentando ahogar los reclamos sociales con más dólares, al tiempo que se consolida una estructura social autoritaria e inequitativa, causando mayores destrozos al medio ambiente y la sociedad misma, en particular en la Amazonía” (Acosta 2003, 99). Participó activamente en casi todos los talleres y reuniones que se realizaron en Ecuador en aquellos años, al mismo tiempo que promovía que otros también se acercaran a esa temática. Nunca dejó de ocuparse de los extractivismos, tanto en su país como en América Latina, y esa constancia se verifica en que uno de sus más recientes aportes es sobre la minería ecuatoriana (Acosta et al. 2020).

Virajes políticos, persistencias extractivistas

Las consideraciones sobre los extractivismos ocurrían a la par de importantes cambios políticos. En varios países sudamericanos alcanzó el gobierno lo que en esos momentos era una “nueva” izquierda; el proceso inició en 1999 con la victoria de Hugo Chávez en Venezuela, y le siguieron virajes análogos en varios países, entre ellos Ecuador.

Muchas ilusiones se tejían alrededor de esos gobiernos. En todos los casos, los triunfos electorales se lograron con apoyos que incluían, por ejemplo, a organizaciones ciudadanas y grupos académicos muy activos

en las denuncias y resistencias ante los extractivismos. No eran pocos los actores que esperaban que, una vez conquistado el gobierno, se lidiara con los impactos locales y, a la vez, que se limitara y regulara su diseminación, se avanzara en la gestión territorial y en asuntos conexos, como el pleno reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas. Esto hacía que la temática de los extractivismos quedara embebida en la política partidaria.

Sin embargo, aproximadamente desde 2005, la evidencia en Argentina, Brasil y Venezuela mostraba que los extractivismos seguían su marcha, bajo gobiernos que se consideraban de izquierda. En los años siguientes, situaciones similares ocurrieron en Bolivia, Uruguay y Ecuador. No solo eso, sino que la fase de altos precios de las materias primas hacía que se intensificaran aún más, tanto por fortalecimientos en los sectores propios de cada país como por los intentos de ampliarlos a nuevos sectores. Quedó en evidencia que existían extractivismos que podrían calificarse como progresistas, pero que eran diferentes, en varios aspectos, a aquellos organizados bajo gobiernos conservadores. Ese reconocimiento tuvo varios vaivenes, estuvo repleto de tensiones y generó varias lecciones.

Como es bien sabido, Alberto participó activamente en el viraje político partidario que desembocó en la elección de Rafael Correa en 2006. En el inicio de ese gobierno, se desempeñó como ministro de Energía y Minas. Rápidamente, quedaron expuestas las tensiones enfocadas, sobre todo, en la explotación petrolera y, detrás de ella, la minería. Mientras el presidente y buena parte del gabinete apuntaban a continuar con la explotación petrolera, otros actores, entre ellos Alberto, tenían presentes reclamos ciudadanos por una moratoria en la Amazonía. Esa disputa se centró rápidamente en la intención de explotar los bloques conocidos como ITT (Ishpingo, Tiputini y Tambococha), en el Parque Nacional Yasuní.

Por esas y otras circunstancias, el gobierno de Correa se convirtió en uno de los ejemplos más claros de un agrupamiento político que mantenía discursos por momentos radicales, podía incluso invocar la protección ambiental, pero en la práctica promovía los extractivismos. Situaciones similares se repetían en los países vecinos y eso hacía necesario precisar aún más los entendidos sobre el extractivismo.

Se requería hacer un análisis más detallado sobre esas circunstancias de permanencia de los extractivismos. Pero, a la vez, era evidente que se organizaban, aplicaban y defendían de otras maneras, y no podían ser igualados a aquellos de gobiernos conservadores. En especial se recurría a invocaciones nacionalistas, lo que llegó a extremos importantes en Bolivia y Venezuela. Todos esos aspectos merecían evaluaciones más detalladas, y no solamente por una necesidad de precisión en la descripción, sino como parte del trabajo de acompañamiento a las comunidades locales. Desde los enclaves extractivistas se repetían las denuncias de los impactos negativos, y quienes vivían allí expresaban que, si bien su gobierno ahora se definía como de izquierda o los emprendimientos estaban en manos de empresas estatales, de todos modos, seguían padeciendo la contaminación o los desplazamientos.

A esto se sumó otro elemento de enorme relevancia. Se evidenciaba que las alternativas a los extractivismos que se manejaban en aquellos años, muchas de ellas heredadas de demandas y reflexiones del siglo XX, tenían limitaciones en el contexto generado por esos nuevos gobiernos. Se debe tener presente que administraciones como las de Lula da Silva en Brasil, Morales en Bolivia y Correa en Ecuador canalizaban dinero hacia programas de asistencia social, explicándolos como resultado de los extractivismos que ahora estaban en manos de empresas estatales o eran guiados por el gobierno. Esos discursos y esas ayudas económicas reproducían amplios apoyos ciudadanos a las nuevas variedades de extractivismo.

Alberto jugó un papel muy importante en esa reflexión, al compartir ideas y experiencias ecuatorianas sobre esta problemática. Un paso concreto en esa dirección fue un taller convocado por el CAAP en Quito —con un reducido número de participantes tanto de Ecuador como de naciones vecinas, entre ellos Alberto—, que en buena medida estuvo enfocado en el nuevo escenario político. Se preparó un manual con distintas visiones sobre los extractivismos, incluyendo una primera formulación de las características de los de tipo progresista (Gudynas 2009).

La divergencia de la izquierda y el progresismo

La situación en Brasil también tuvo peso en los debates de esos años. Desde inicios de la década de 2000, el equipo de CLAES emprendió distintos programas de acción con contrapartes en ese país, que involucraban a ciertos sindicatos, organizaciones del mundo rural, ONG y grupos académicos, que, a su vez, apoyaban al Partido de los Trabajadores (PT). Una vez que este estuvo en el poder, continuaron las cooperaciones con algunos ministerios del gobierno federal brasileño.

En la etapa final de la campaña electoral que desembocó en la victoria de Lula da Silva, en 2002, ya se podían ver síntomas de su alineamiento, al menos, con grupos de lo que en Brasil se conoce como “agronegocio” y el sistema financiero. Una vez que el PT ganó las elecciones y acordó una coalición con otros partidos, esa deriva se acentuó mucho más, y resultó en un fuerte apoyo gubernamental a sectores extractivos, como el minero y el petrolero, pero sobre todo a los monocultivos, aprovechando el *boom* del precio de la soya.

Esto generaba muchas tensiones porque el PT logró aquella victoria, entre otros motivos, por las promesas y expectativas de una nueva izquierda, que ofrecía acoger las demandas ambientales, un manejo cuidadoso de los territorios, fortalecer la información y la participación ciudadana, respetar a los pueblos indígenas, asegurar la protección de la Amazonía y desandar la dependencia de la exportación de bienes primarios. Sin embargo, en nuestro trabajo en Brasil se observaba que la gestión concreta del gobierno pasaba, poco a poco, a apoyar los extractivismos, y, en paralelo, no se avanzaba en otros componentes como la democratización de las políticas territoriales o ambientales. La expectativa de obtener beneficios económicos de los extractivismos era tan poderosa que afectaba buena parte de las estrategias de gobierno y a las propias organizaciones ciudadanas.

Aún más impactante fue encontrar a varios actores ciudadanos, incluyendo algunas ONG importantes, y a miembros de la academia que optaron por apoyar esos cambios y defendieron el viraje político del gobierno de Lula. Esa postura, de alguna manera, significaba abandonar varias demandas para la renovación de la izquierda brasileña. Algunos incluso cuestionaron a aquellos grupos o personas que señalaban las

contradicciones sociales y ambientales que implicaban los apoyos a los extractivismos. Su argumentación era que debían defender el gobierno de Lula a cualquier costo, porque cualquier otra opción era peor para el país.

Ese cambio de actitud alimentó la deriva del programa inicial de izquierda hacia lo que se transformó en el progresismo. Estábamos ante la divergencia entre dos regímenes políticos. Era evidente que administraciones como las de Lula en Brasil, Kirchner en Argentina o Morales en Bolivia no eran conservadoras ni neoliberales. Pero, paulatinamente, se alejaban del programa de izquierda que les acompañaba, abandonaban esfuerzos emblemáticos como los de radicalizar la democracia con consultas ciudadanas y presupuestos participativos, y se aferraban, cada quien a su modo, a los clásicos extractivismos. Era el nacimiento de los progresismos, un término y una conceptualización que ya operaban en Uruguay, donde la coalición Frente Amplio utilizaba esa palabra. Lo que aquí se describe sobre Brasil, ocurrió, unos pocos años después, en Ecuador, tal como se indica arriba.

Al mismo tiempo, los grupos locales que reaccionaban contra los impactos de la agricultura intensiva o de la minería lograban apoyos acotados desde las ONG y la academia. En el caso de Brasil el viraje progresista fue tan potente que muchas comunidades locales quedaron con apoyos muy restringidos en cuanto a sus demandas ante los extractivismos, mientras se naturalizaban situaciones contradictorias, tales como ONG que mantenían un “observatorio” extractivista financiado por la petrolera estatal Petrobras. El resultado fue un atraso comparativo de los debates sobre los extractivismos y sus alternativas en Brasil, en relación con lo que ocurría en los países vecinos.

Estas particularidades del viraje al progresismo en Brasil son útiles para sopesar de mejor manera lo ocurrido en Ecuador. El programa y la campaña del agrupamiento político Alianza PAIS contenían muchos elementos típicos de la renovación de la izquierda de aquel tiempo, como reacción a posiciones conservadoras. Pero ya durante el primer gobierno de Correa, y al tiempo de la Asamblea Constituyente de 2007-2008, estallaron las tensiones alrededor de los extractivismos, en especial del petrolero, pero también por el minero, lo que se sumó a otras cuestiones que escapan al presente análisis. Todo ello puso en marcha la

divergencia entre aquellas promesas de izquierda y el pragmatismo de un progresismo naciente.

La singularidad del caso ecuatoriano reside en el protagonismo de Alberto, quien era parte del gobierno de Correa y, como había logrado la mayor votación para la Asamblea Constituyente, fue elegido su presidente. Sin embargo, las diferencias con dicho gobierno, incluyendo las discrepancias sobre los extractivismos, lo llevaron a renunciar en 2008. Otros socios del gobierno también se alejaron al mismo tiempo, como fue el caso del partido Pachakutik.

Estas circunstancias son decisivas para entender que el debate alrededor de los extractivismos se mantuviera en Ecuador, con todas sus implicancias políticas, mientras que era casi amordazado en países como Argentina o Brasil. En estos últimos no había un actor con el peso y el prestigio de Alberto, que se mantuviera fiel a aquella perspectiva de renovación de la izquierda. Dicho de otro modo, los economistas más conocidos y vinculados a la práctica partidaria o en los gobiernos progresistas de los países del Cono Sur poco o nada sabían de cuestiones ambientales, ninguno estaba asociado a movimientos populares y todos ellos se enfocaron en promover los extractivismos para asegurar el crecimiento económico. En cambio, en Ecuador, Alberto mantuvo su vinculación con las organizaciones ciudadanas y el movimiento indígena, conocía de primera mano los impactos de los extractivismos y era un economista muy respetado. A mi modo de ver, en 2008, Alberto no renunció a sus ideas y compromisos, sino que fue fiel a ellos.

Para describir mejor la atmósfera política y académica que se vivía en aquellos años, vale la pena rescatar otra vivencia personal. Mientras que en 2008 y 2009 en Ecuador estaban en marcha las reflexiones sobre la reformulación de los extractivismos bajo los progresismos, eso era casi imposible en otros países, como Brasil. En aquellos años había escrito un ensayo sobre esa distinción y, de una prestigiosa universidad brasileña, me habían solicitado una versión revisada para publicarla en portugués. Mi manuscrito fue rechazado porque, a juicio de los editores, no existía un extractivismo progresista bajo la administración de Lula, porque, en cuanto gobierno popular, esa condición se desvanecía, y tampoco era aceptable lo que se consideraba una crítica al gobierno. Aunque el artículo fue publicado finalmente, esa experiencia demostraba que, en

algunos países, ni siquiera era aceptable entrar en ese debate, no solo en el campo de la política partidaria, sino también en el universitario. El hecho de que esto no sucediera en Ecuador se debe, en buena medida, a la presencia de Alberto.

Sus aportes para las distinciones entre los extractivismos convencionales y los progresistas han sido variados a lo largo de todos estos años. Por ejemplo, los abordó en detalle en 2011, al sumar consideraciones alrededor de las crecientes disputas sobre la renta y la creciente violencia. En ese momento consideraba que la dependencia en exportar recursos naturales terminaba consolidando gobiernos caudillistas, incluso autoritarios, debido a múltiples factores: la debilidad institucional, la ausencia de transparencia, los conflictos entre grupos de poder por acceder a las rentas, las políticas cortoplacistas y no planificadas, y la ilusión de que proveerían una gran riqueza (Acosta 2011).

Extractivismos, desarrollo y política

Los extractivismos también tenían que ser abordados en el amplio contexto de la temática del desarrollo y, desde allí, se regresaba a los debates políticos. En ese frente, el libro de Alberto, *La maldición de la abundancia*, publicado en 2009, constituyó un hecho destacado. La obra se presentó en Quito, con la gran sala de eventos de la FLACSO colmada, y bajo circunstancias particulares pues la Constitución de Montecristi había sido aprobada un año antes. Para entonces, ya eran bien conocidas las discrepancias del autor con el gobierno de Correa en varios temas, entre ellos los extractivismos.

En ese libro se trabaja desde la metáfora que advierte que las naciones ricas en dotaciones de recursos naturales, como Ecuador, quedan atrapadas en extractivismos volcados a la globalización que terminan por hacerlas más pobres. “Ecuador ha sido sucesivamente y de manera sostenida un país-producto: país-cacaotero, país-bananero, país-floricultor, país-camaronero, país-petrolero... ¿será algún día un país-minero?”, se pregunta Alberto (Acosta 2009, 35). Enseguida agrega que “el peso abrumador de este tipo de economía extractivista, atada a la renta diferencial de la naturaleza, ha generado una serie de efectos perniciosos

en las estructuras económicas y sociales”, tales como “relaciones sociales verticales y una estructura política que impide el procesamiento de los conflictos sociales”, además de la consolidación de las “desigualdades sociales y económicas” (37).

En esas páginas también se repasan en detalle dos sectores extractivos: el petrolero, en respuesta a su historia y relevancia económica, y la minería, pues, si bien era mucho más acotada, ya se lidiaba con los intentos gubernamentales de expandirla. Desde allí se tejen reflexiones que discurren por el campo de la economía y el desarrollo, pero además se abordan las implicancias políticas y, en especial, para la democracia. El texto concluye con una revisión de la moratoria de la explotación petrolera en la región de Yasuní, como una alternativa ante las maldiciones. La relevancia de este libro está, precisamente, en su abordaje plural.

Los cuestionamientos que Alberto esgrimía contra las concepciones simplistas del desarrollo, basadas en el automatismo del crecimiento económico y, por ello, ensimismadas en los extractivismos, no surgieron repentinamente en esos años. Por el contrario, deben ser vistos como parte de la evolución de su pensamiento. En el siglo pasado, en 1982, en un libro colectivo que tenía un título agudo para ese tiempo, *Ecuador: el mito del desarrollo*, afirmaba que “una vez más queda establecido” que los ingresos de exportaciones, sean agropecuarias o petroleras, “no pueden generar por sí solos el bienestar”. Esos y otros factores explicaban el subdesarrollo económico, la injusticia social y la dependencia política (Acosta 1982, 60).

Otro paso en la misma dirección lo dio con el libro que compiló en 2000, donde varios capítulos ilustran la discusión sobre las alternativas al desarrollo en ese momento (Acosta 2000). De esta publicación se destacan los aportes de Aníbal Quijano (2000) sobre el “fantasma del desarrollo”, sumándole un ensayo de Alberto junto con el peruano Jürgen Schuldt sobre el desarrollo en países pequeños (Acosta y Schuldt 2000). También con Schuldt, Alberto aborda la cuestión de la maldición económica de los países ricos en otro texto donde se consideran las implicancias del rentismo petrolero (Schuldt y Acosta 2006). Este, además, contiene preocupaciones que se explorarán en su libro de 2009. Muchas de esas ideas acompañaron al autor en trabajos posteriores, aunque fue ajustándolas a las novedades y presiones debido a coyunturas cambiantes (Acosta 2016).

La reflexión de Alberto integra la dimensión ambiental cada vez con más frecuencia, al tiempo que expresa un redescubrimiento de la Amazonía. Para ello tuvo mucha importancia su presencia en un programa de apoyo y reflexión para líderes amazónicos en todos los países de la cuenca a mediados de los años 2000. En aquellos encuentros, como en las visitas de campo a los distintos países, muchas de las cuales compartí con Alberto, una y otra vez se hacían evidentes los impactos locales de los extractivismos, asociados a los incumplimientos de los derechos humanos y la violencia. Sus reflexiones derivaron en una propuesta de desarrollo *glocal* para la Amazonía (Acosta 2005).

Todos esos aportes encierran una crítica a los desarrollos convencionales donde los extractivismos sirven como ejemplo e ilustración. Cabe recordar que los progresismos pasaron a defender el extractivismo desde un nacionalismo, sea de los recursos naturales o desde la captación de excedentes. De este modo, esas actividades se volvieron ingredientes clave en versiones muy conocidas: las del “nuevo desarrollismo” en Brasil, lo “nacional popular” en Argentina, la “revolución ciudadana” en Ecuador, o el amplio paraguas del “socialismo del siglo XXI” en Venezuela.

Mientras la anterior izquierda criticaba la inserción internacional basada en la exportación de materias primas, el progresismo pasó a defenderla. Tanto políticos como académicos, ya fuera que ocuparan cargos en el Estado o permanecieran en instituciones universitarias, se lanzaron a redefinir el desarrollo y las alternativas para hacerles un lugar a los extractivismos. Los ejemplos más conocidos son René Ramírez, que lideraba el Plan Nacional para el Buen Vivir desde la Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (SENPLADES) de Ecuador (SENPLADES 2009), y Álvaro García Linera (2013), vicepresidente de Evo Morales en Bolivia, por su promoción del extractivismo en la Amazonía bajo la meta de un desarrollo integral.

Alberto observó tempranamente que, en esa defensa de los extractivismos, se debilitaban las condiciones democráticas. Esta advertencia ya aparece en su libro de 2009, donde apunta que la política, al quedar condicionada por la lógica del rentismo y el clientelismo, se refleja en la dependencia económica, la promoción de relaciones clientelares con las comunidades locales para abordar sus demandas sociales, el enfrentamiento de la protesta ciudadana con medidas policiales o militares, el

hostigamiento a organizaciones ciudadanas, etc. En parte siguiendo esa ruta, más recientemente ha explorado posibles coincidencias entre sus críticas al desarrollo y opciones vinculadas a las corrientes europeas del decrecimiento (Acosta y Brand 2017).

Impactos locales y efectos derrame

Con el paso del tiempo fue posible reconocer que los abordajes sobre los extractivismos que partían únicamente desde los impactos locales enfrentaban varias limitaciones. Es que cuando los gobiernos, pongamos un ejemplo, reducían exigencias sociales o ambientales para atraer nuevas inversiones, estas alteraciones no podían ser descritas como un impacto local; además, ni siquiera había un emprendimiento en operación. Estos y otros cambios se sumaban a los extractivismos y todos ellos tenían amplias consecuencias económicas.

Recordemos que los años de altos precios de las materias primas estuvieron teñidos por vaivenes importantes en algunos bienes de exportación, y a la crisis económico-financiera iniciada en 2008 le siguieron crecientes restricciones que afectaron las exportaciones originadas en los extractivismos. La respuesta de los gobiernos, ya fueran conservadores o progresistas, fue redoblar el extractivismo, en unos casos para incrementar los ingresos por esas exportaciones y en otros, para compensar mediante el volumen las caídas o vaivenes de los precios. En varios países, esto provocó que se aplicaran, o se intentaran imponer, medidas tales como rebajar las exigencias ambientales y sociales de los proyectos extractivos, ofrecer apoyos directos o indirectos (incluyendo distintos tipos de subsidios o facilidades tributarias) e intentar anular la protesta ciudadana. Estos cambios no podían ser descritos bajo una mirada convencional, ya que no eran impactos en un sentido estricto, por ejemplo, de una minera o una petrolera, ni había emprendimientos en operación, pero sin duda estaban orientados a promover ese tipo de actividades.

Estas circunstancias resultaron en la distinción entre los impactos locales y los efectos derrame. Los primeros estaban restringidos a los enclaves extractivos, sus redes de conexión y áreas de soporte. Su escala

era siempre local o regional, y estaban referidos al enclave extractivo. En cambio, los efectos derrame involucraban alteraciones en las políticas públicas e incluso en las categorías políticas que las sostenían, para así permitir o legitimar los extractivismos. Esto incluía, por ejemplo, las flexibilizaciones y recortes en los controles que se indicaron arriba. Los efectos derrame no estaban acotados al espacio de un emprendimiento, sino que buscaban favorecer a un proyecto futuro o a todo un sector. Por esta razón, sus consecuencias “derramaban” en al menos dos sentidos: por un lado, esas modificaciones se aplicaban en toda la geografía del país y no estaban restringidas a futuros enclaves; y, por el otro, también involucraban a otros sectores que no eran el extractivo.

Aplicando esa distinción quedó en evidencia que había derrames en varios frentes, que afectaban las políticas públicas ambientales, sanitarias, sociales, económicas, etc. Todos tenían en común que facilitaban de algún modo los extractivismos, aceptando sus riesgos e impactos, y, al mismo tiempo, buscaban controlar o silenciar las denuncias y protestas ciudadanas. En todo se afectaban ideas básicas de la política, como las de participación, justicia o democracia. Retomando uno de los ejemplos citados, cuando en los discursos progresistas se defendían los extractivismos como medio para recabar dinero que se utilizaría en programas de asistencia social, estaban redefiniendo la justicia. Lo hacían porque calificaban de tolerables los impactos sociales y ambientales que se sufrían en algunos sitios, a cambio de un beneficio económico que, se suponía, alcanzaba a un mayor número de personas. Se creaba una idea de justicia enfocada en medidas asistencialistas, una justicia monetarizada, que distorsionaba otras dimensiones de la justicia social (especialmente para las comunidades campesinas e indígenas afectadas) y anulaba las de la justicia ambiental y ecológica.

En varios textos de Alberto se describen problemáticas de ese tipo, que se corresponden con el reconocimiento de los efectos derrame (Acosta 2011). Incluso, en la reciente evaluación del avance de los extractivismos mineros en Ecuador, Acosta et al. (2020) incluyen, por una parte, las reformas normativas para favorecerlos y, por otra parte, los dispositivos en contra de quienes defienden los derechos humanos y de la naturaleza –dos dimensiones que se corresponden con la idea de los efectos derrame–.

Los efectos derrame revelaban que los extractivismos habían alcanzado tal intensidad que eran una de las fuerzas que reformulaban aspectos medulares de las concepciones políticas. Pero, además, se volvió evidente que estos pueden ser mucho más graves y relevantes que los impactos locales. En varios casos, pasan desapercibidos, ya que no hay una comunidad local afectada que los denuncie. Sin embargo, a medida que se consolidan, se vuelven mucho más difíciles de revertir, pues involucran amplios cambios en las políticas públicas, en todo el país, y penetran los saberes y sensibilidades desde los cuales se despliegan estas. Uno de los resultados más graves de estos efectos derrame ha sido la naturalización de la violencia.

Alternativas a los extractivismos

Desde un inicio, los debates sobre los extractivismos han estado directamente articulados con la búsqueda de alternativas para dejarlos atrás. Ello es inevitable porque resulta necesario impedir que persistan impactos muy conocidos, como los derrames petroleros en la Amazonía. En esta tarea de construir alternativas a los extractivismos, el papel de Alberto también ha sido destacadísimo en varios frentes.

Una contribución fundamental fue la propuesta de la moratoria petrolera en la región de Yasuní. Alberto participó en el diseño de esa iniciativa desde la sociedad civil; la apoyó en calidad de ministro de Energía y Minas, en 2007, durante el primer gobierno de Correa; mantuvo esa posición como presidente de la Asamblea Constituyente, y siguió haciéndolo una vez que se alejó del gobierno. La idea de un Ecuador pospetrolero ya fue abordada en 2000, en un libro colectivo que contó con la participación de Alberto, en especial en el capítulo de Carlos Larrea, quien explora con más detalle esa opción (Martínez 2000). Después del proceso constituyente, contribuyó decididamente a mejorar, criticar o ajustar la propuesta gubernamental de ese momento, que dependía de compensaciones financieras internacionales (Acosta et al. 2009). A lo largo de todos esos años difundió la iniciativa e invitó a muchas personas a que la apoyaran, comentaran y promovieran (Martínez y Acosta 2010).

Otro aporte fue su apoyo a la declaración de los derechos de la naturaleza en la nueva Constitución. La formulación en el texto de Montecristi responde a las circunstancias ecuatorianas, y se ha convertido en un ejemplo mundial. Desde entonces ha bregado por esa temática y ha alentado a muchos otros (Acosta y Martínez 2011).

Una tercera contribución se encuentra en la categoría del buen vivir, que también cristalizó en Montecristi, aunque ya jugaba un papel destacado en sus antecedentes. Recuerdo que la primera vez que escuché sobre el buen vivir fue por Alberto, en un viaje de campo en Pastaza, en 2004. Desde entonces no ha abandonado la prédica de esa temática, sumándole nuevos componentes (Acosta 2012).

Cualquiera de esos tres aportes posee un gran valor por sí mismo, sin embargo, parecería que en Ecuador se subestima el papel de Alberto en la construcción de aquella Constitución. Basta un breve ejercicio comparativo con la situación en Bolivia para dejar en claro su relevancia, pues, en la discusión constituyente boliviana también se consideraron ideas sobre el buen vivir (bajo el rótulo de “vivir bien” y ligadas a posturas como las de *suma qamaña*) y los derechos de la naturaleza, pero ninguna se concretó en el texto constitucional. Esa claudicación se debió, en parte, a la ausencia de un actor con el peso tanto intelectual como político de Alberto.

Todos estos elementos fueron incorporados en lo que pasó a denominarse transiciones posextractivistas. Los conceptos de derechos de la naturaleza y buen vivir sirvieron como orientaciones para organizar las alternativas a los extractivismos, y elementos como las moratorias petroleras se incorporaron a los planes de acción.

Las transiciones posextractivistas comenzaron a ser exploradas en distintos países. Un ejemplo destacado fue su rápido avance en Perú, gracias a la articulación con una amplia red de organizaciones, activistas y académicos, con una importante visibilidad en los debates públicos (Alayza y Gudynas 2011). Le siguieron experiencias en Bolivia, Chile, Colombia y Argentina, aunque en cierto modo el debate ecuatoriano quedó rezagado en este aspecto. De hecho, algunos abordajes más recientes del posextractivismo, como el de Acosta et al. (2020), aún se mantienen dentro de los marcos y énfasis de la década anterior. En cambio, desde aquellos otros países se incorporaron nuevos temas y

se lograron más precisiones sobre puntos como los cambios en el gasto estatal, las reformas tributarias, las alternativas en energía, la reformulación de la integración regional, etc.

También se desarrollaron las caracterizaciones relacionadas con los extractivismos. Por ejemplo, se ha precisado la categoría de los modos de apropiación de los recursos naturales para diferenciarla de la industrialización y la comercialización, y se la ha aplicado en casos específicos, como la minería de oro aluvial. Al igual que la caracterización, las alternativas están de regreso en un debate constitucional; así ocurre actualmente en Chile. Además, se ha avanzado mucho en el análisis de las interrelaciones entre extractivismos, violencia y derechos humanos, en especial considerando la situación en Bolivia.

Academia, difusión, militancia

En este repaso puede observarse que Alberto ha estado presente en todos los campos de reflexión y acción relacionados con los extractivismos. En algunos momentos, su presencia estuvo asentada en sus roles de integrante del equipo de ILDIS-FES o, más recientemente, de docente en la sede de Quito de FLACSO. Sus escritos y sus aportes en seminarios o mesas redondas siempre han buscado un diálogo con los movimientos ciudadanos o son reacciones políticas a la coyuntura.

Otra perspectiva de abordaje parte de su continua presencia en la arena política. Recordemos, por ejemplo, que, en 1997, fue candidato a la Asamblea Nacional Constituyente, acompañando al movimiento indígena, aportando distintas ideas relacionadas con la reforma del Estado y la participación. Sus posiciones de aquel tiempo ya anunciaban las posturas que defendería una década después en Montecristi, lo que puede comprobarse en un libro que publicó al año siguiente (Acosta 1998), donde defendió el papel activo del Estado, la regulación del mercado, la participación ciudadana y la sustentabilidad ambiental.

Desempeñó papeles claves en la creación de Alianza PAIS. Fui testigo directo de su trabajo incansable, en 2006, para promover al candidato por ese grupo, Rafael Correa. Luego siguió su rol en la presidencia de la constituyente de Montecristi y su ruptura con Alianza PAIS, para

después ser candidato presidencial de un amplio acuerdo de la izquierda ecuatoriana. Desde aquel entonces sigue asesorando y aportando a diversas manifestaciones políticas.

Una tercera dimensión se corresponde con su tarea constante de apoyar y colaborar con organizaciones ciudadanas, ya sea en Ecuador o en otros países. Participa de todo tipo de foros, está allí donde los grupos locales piden su ayuda, teje relaciones y acompaña declaraciones, dejando en claro sus posiciones, sin abandonar el buen humor.

Estas tres perspectivas están entremezcladas, se superponen y alimentan mutuamente; todas teñidas por una energía envidiable que explica su presencia casi constante. El despliegue y en especial las denuncias de los serios impactos de los extractivismos no han estado exentos de críticas y hasta represalias. Alberto, al igual que muchas otras personas, ha sido cuestionado por la información que brinda, ha sido calificado como servidor de políticas conservadoras o demasiado radicales, y hasta ha recibido burlas por ser un crítico infantil o descafeinado.

Si las advertencias sobre los extractivismos hubiesen sido realmente apenas eslóganes sin fundamento ni apoyo ciudadano, de seguro el poder no hubiera reaccionado. Pero han sido tan efectivas que obligaron a presidentes, ministros o catedráticos a responderlas y, como tambalearon en esa tarea, recurrieron a hostigamientos. Alberto soportó asedios por años, sobre todo dentro del Ecuador, y lo hizo con un temple que debe ser reconocido. Aun en casos dramáticos—el acoso contra allegados a su familia—, nunca utilizó estas circunstancias para victimizarse ni caer en réplicas destempladas.

He compartido con Alberto muchos momentos que han sido parte de esta situación: visitar localidades en la Amazonía del Ecuador, presenciar los debates constitucionales en Montecristi, perdernos en callejuelas de La Paz, Bolivia o compartir mesas redondas en Buenos Aires, Argentina. Tampoco es posible olvidar los encuentros que ambos hemos compartido con Paco Rohn en un restaurante familiar, el Stop, siempre con el propósito de cambiar el mundo, aunque sin que cada uno abandone sus manías (Alberto con su fobia a las cebollas, Paco con el café y yo con el indispensable pan en la cena). En más de una ocasión resultaron textos en común donde las ideas de unos se confunden con las de los otros.

Todo esto me permite avanzar a una consideración final que valoro particularmente. Es posible discutir y estar en desacuerdo con Alberto, y eso es tomado en su justa medida, sin afectar los propósitos en común ni la fraternidad. Desde hace muchos años, no solo coincidimos en diversos asuntos, sino que también discrepamos en otros, y eso ha nutrido nuestra amistad. Mutuamente nos podemos señalar errores, corregirnos borradores y hasta bromear sobre las manías de cada uno. Nada de eso afecta nuestra relación. Esta situación no es tan frecuente como se pensaría, por eso debe ser subrayada.

Por todas estas razones, Alberto ha representado una presencia generosa, que ha dejado una profunda huella en mi trabajo, tanto por sus ideas como por abrirme las puertas a otros mundos y otras temáticas. Hemos compartido largas horas de seminarios, increíbles salidas de campo, discusiones en bares, risas, enojos, esperanzas y tristezas. Desde ahí comparto este homenaje al amigo.

Referencias

- Acosta, Alberto. 1982. “Rasgos dominantes del crecimiento ecuatoriano en las últimas décadas”. En *Ecuador: el mito del desarrollo*, coordinado por Sohel Riffka, 23-60. Quito: El Conejo / ILDIS.
- 1998. *El Estado como solución*. Quito: ILDIS.
- comp. 2000. *El desarrollo en la globalización. El reto de América Latina*. Caracas: ILDIS / Nueva Sociedad.
- 2003. “Ecuador: entre la ilusión y la maldición del petróleo”. *Ecuador Debate*, 58: 77-100.
- 2005. *Desarrollo glocal. Con la Amazonía en la mira*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- 2009. *La maldición de la abundancia*. Quito: CEP / SwissAid / Abya-Yala.
- 2011. “Extractivismo y neoextractivismo: dos caras de la misma maldición”. En *Más allá del desarrollo*, editado por Miriam Lang y Dunia Mokrani, 83-118. Quito: Fundación Rosa Luxemburgo / Abya-Yala.
- 2012. *Buen vivir y Sumak kawsay. Una oportunidad para imaginar otros mundos*. Quito: Abya-Yala.

- Acosta, Alberto. 2016. “Maldiciones, herejías y otros milagros de la economía extractivista”. *Tabula Rasa*, 24: 25-55.
- Acosta, Alberto, y Ulrich Brand. 2017. *Salidas del laberinto capitalista. Decrecimiento y postextractivismo*. Barcelona: Icaria.
- Acosta, Alberto, John Cajas Guijarro, Francisco Hurtado Caicedo y William Sacher Freslon. 2020. *El festín minero del siglo XXI. ¿Del ocaso petrolero a una pandemia megaminera?* Quito: Abya-Yala.
- Acosta, Alberto, Eduardo Gudynas, Esperanza Martínez y Joseph Vogel. 2009. “Dejar el crudo en tierra o la búsqueda del paraíso perdido. Elementos para una propuesta política y económica para la Iniciativa de No Explotación del curso del ITT”. *Polis. Revista de la Universidad Bolivariana* 8 (23): 429-452.
<https://www.scielo.cl/pdf/polis/v8n23/art19.pdf>
- Acosta, Alberto, y Esperanza Martínez, comps. 2011. *La naturaleza con derechos: de la filosofía a la política*. Quito: Abya-Yala.
- Acosta, Alberto, y Jürgen Schuldt. 2000. “Algunos elementos para repensar el desarrollo. Una lectura para pequeños países”. En *El desarrollo en la globalización. El reto de América Latina*, compilado por Alberto Acosta, 249-269. Caracas: ILDIS / Nueva Sociedad.
- Alayza, Alejandra, y Eduardo Gudynas, comps. 2011. *Transiciones. Post extractivismo y alternativas al extractivismo en el Perú*. Lima: CEPES (Centro Peruano de Estudios Sociales) / RedGE (Red Peruana por una Globalización con Equidad) / CLAES.
- García Linera, Álvaro. 2013. *Geopolítica de la Amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista*. La Paz: Vicepresidencia del Estado.
- Gudynas, Eduardo. 2009. “Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual”. En *Extractivismo, política y sociedad*, editado por CAAP y CLAES, 187-225. Quito: CAAP / CLAES.
- 2015. *Extractivismos. Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la Naturaleza*. Cochabamba: CEDIB / CLAES.
- Martínez, Esperanza, comp. 2000. *El Ecuador postpetrolero*. Quito: Acción Ecológica / Comisión Nacional de Conmemoraciones Cívicas.
- Martínez, Esperanza, y Alberto Acosta, comps. 2010. *ITT-Yasuni. Entre el petróleo y la vida*. Quito: Abya-Yala.

- Quijano, Aníbal. 2000. "El fantasma del desarrollo en América Latina". En *El desarrollo en la globalización. El reto de América Latina*, compilado por Alberto Acosta, 11-27. Caracas: FES-ILDIS / Nueva Sociedad.
- Schuldt, Jürgen, y Alberto Acosta. 2006. "Petróleo, rentismo y subdesarrollo: ¿una maldición sin solución?". *Nueva Sociedad*, 24: 71-89.
- SENPLADES (Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo). 2009. *Plan Nacional para el Buen Vivir 2009-2013: Construyendo un Estado Plurinacional e Intercultural*. Quito: SENPLADES.